

## FENICIOS Y GRIEGOS EN LA HISTORIOGRAFIA ILUSTRADA ESPAÑOLA: MASDEU

G. CRUZ ANDREOTTI - F. WULFF ALONSO - Málaga <sup>(1)</sup>.

Cuando ya las conclusiones de Schulten sobre el fenómeno colonizador y Tartessos se pretendieron superadas, tanto en sus planteamientos metodológicos específicos, sobre todo en el tratamiento de las fuentes clásicas <sup>(2)</sup> como en lo referente a su línea historiográfica y a las deducciones históricas ligadas a una visión nacional-estatalista e idealista y a una metodología difusionista exacerbada <sup>(3)</sup>, se recuperó el entusiasmo por nuevas elaboraciones históricas con el impulso de la actividad arqueológica en el campo fenicio a partir de la década de los sesenta, con las excavaciones en Almuñécar de Pellicer y en Toscanos del *Instituto Arqueológico*

(1) Agradecemos de antemano a los autores que nos han facilitado los estudios en fase de publicación su amabilidad.

(2) Ya desde muy pronto A. García Bellido (*El problema de Tartessos y su relación con la cuestión etrusca: AUM* (1933) II, pp. 43-58; *Las leyendas del ciclo de los "Nostoi": Hispania Graeca*, I, Barcelona 1948, pp. 15-29) calificó de «fantasiosas» sus hipótesis sobre el origen de Tartessos y el tratamiento de las fuentes clásicas en este y otros sentidos (v. F. SÁNCHEZ JIMENEZ - G. CRUZ ANDREOTTI, *A. Schulten y los etruscos: Studia Historica*, [1988], VI, 2, pp. 17-35). Cf. asimismo a L. PERICOT, *Schulten y Tartessos: V Symposium de Prehistoria Peninsular*, Barcelona 1969, pp. 63-74; C. GONZALEZ WAGNER, *Tartessos y las tradiciones literarias: RSF*, 19, (1986), pp. 201-28; J. DE HOZ, *Notas sobre las fuentes para la Historia Antigua de Hispania: Habis*, 2 (1971), pp. 137-41; ID., *Las fuentes escritas sobre Tartessos*: M. E. AUBET, (Coord.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Barcelona 1989, pp. 25-43.

(3) V. M. TARRADELL, *Schulten: medio siglo de Historia de España: PLAV*, 11 (1975), pp. 381-406; G. CRUZ ANDREOTTI, *Un acercamiento historiográfico al Tartessos de Schulten: Baetica*, 10 (1987), pp. 227-40; ID., *Notas al Tartessos de Schulten: comercio y Estado: I Coloquio de Historia de Andalucía (Córdoba 6-9 de Abril de 1988)*, (en prensa); ID., *Schulten y el "Carácter tartesio": I Congreso Internacional de Historiografía sobre la Historia Antigua y la Arqueología en España. Siglos XVJII-XX (Madrid, 13-16 de Diciembre de 1988)*, Madrid 1991, pp. 145-58 y R. OLMOS, *Historiografía sobre Tartessos en la primera mitad del siglo XIX: ibidem*, pp. 135-44.

*Alemán* de Madrid <sup>(4)</sup>. Este aflorar de restos fenicios contrastaba con el vacío de materiales griegos más allá de las costas alicantinas, y, consecuentemente, llevaba a la asunción de las hipótesis de Morel sobre la imposibilidad de una corriente colonizadora griega más allá del 600, rechazando, de paso, la línea artístico-helenizante que se había significado con García y Bellido <sup>(5)</sup>.

A partir de aquí, se suceden un sinfín de estudios que van definiendo culturalmente la presencia fenicia en la Península Ibérica, considerada como el factor determinante en el desarrollo de las poblaciones meridionales <sup>(6)</sup>. La forma que asumen es definible como un positivismo arqueológico que se presenta a sí mismo como la panacea frente a la práctica histórico-arqueológica anterior, excesivamente cargada de un nacionalismo idealista. Está claro que hasta esos momentos se hacían demasiado evidentes las distancias y contradicciones existentes entre el pretendido empirismo a la hora de extraer los datos necesarios, y las conclusiones históricas, que buscaban en el pasado eso que Tarradell <sup>(7)</sup> ha llamado el «alma de España», es decir, sus raíces nacionales. Se pretende, portanto, desideologizar la disciplina, lo que pasaría por la exaltación del dato arqueológico como paradigma de la cientificidad, y el rechazo de toda teoría globalizadora y general que se habría mostrado como ahistórica <sup>(8)</sup>.

Será el triunfo del «Orientalizante», una perspectiva según la cual las culturas se definirían por su contenido formal, delimitándose su ámbito cronológico y geográfico únicamente a partir de la elaboración de asociaciones tipológicas, que serían la base

(4) M. PELLICER, *Excavaciones en la necrópolis Laurita del Cerro de San Cristobal (Almuñecar, Granada): Exc. Arq. Esp. n. 17*, Madrid, 1962 y H. G. NIEMEYER - M. PELLICER - H. SCHUBART, *Una colonia paleopúnica en la desembocadura del Río Vélez: NAHisp, 7* (1963), pp. 150-53; ID., *La factoría paleopúnica en la desembocadura del Río Vélez (Málaga): IX CNA, Valladolid 1965*, Zaragoza 1966, pp. 250-54 y *Toscanos: la factoría paleopúnica en la desembocadura del Río Vélez. Excavaciones de 1964: EAE n. 66*, Madrid 1969.

(5) J. P. MOREL, *Les phocéens en Occident: certitudes et hypothèses: PP, 21* (1966), pp. 378-420. Para la valoración de lo griego en estos momentos v. OLMOS, *Los griegos en Tartessos: una nueva contrastación entre las fuentes arqueológicas y literarias: AUBET (ed.), Tartessos... op. cit.*, pp. 499-500, y para García Bellido, ID., *Historiografía...*, art. cit.

(6) Una ingente Bibliografía en M. E. AUBET, *Selección de bibliografía moderna para el análisis de los problemas de Tartessos: V Symposium...*, op. cit., pp. 407-17 y C. J. PEREZ, *Bibliografía sobre los fenicios en la Península Ibérica: G. DEL OLMO - M. E. AUBET (Eds.), Los fenicios en la Península Ibérica*, 11, Sabadell 1986, pp. 315-38.

(7) *Art. cit.*, pp. 393-94.

(8) OLMOS, *Historiografía...*, art. cit.; M. I. MARTÍNEZ NAVARRETE, *Una revisión crítica de la Prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*, Madrid 1989, pp. 57-58; A. GILMAN, *Enfoques teóricos en la arqueología de los ochenta: RO, 81* (1988), pp. 47-50; C. GONZÁLEZ WAGNER, *Tartessos en la historiografía: una revisión crítica: La colonización fenicia en el sur de la Península Ibérica. 100 años de investigación: problemas teóricos y perspectivas de estudio*, (en prensa) y A. RUIZ et alii, *Arqueología en Jaén. (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente)*, Jaén 1986, pp. 29-33.

para tener constancia de las relaciones y dependencias culturales. La ausencia de todo tipo de reflexiones teóricas o metodológicas explícitas que pudieran «restringir» la interpretación del registro arqueológico, produce necesariamente que se disparen las posibilidades de subjetividad histórica de forma inconsciente, y que, obviamente, se de contenido nuevo, con la pretensión de fundamentarlas, a viejas especulaciones <sup>(9)</sup>. La clave de esta cuestión será la introducción de la cultura fenicia y la aceptación de sus elementos por las comunidades indígenas con una valoración de los aspectos ligados a los desarrollos políticos e urbanos que paralelicen los orientales y en absoluto el estudio de estas comunidades en el tiempo y sus propias realidades y la incidencia de lo fenicio en el marco de esa imagen global.

Otras direcciones de investigación más globales han venido buscando, sin embargo, en los últimos años una reflexión de mayor ambición conectando la preocupación por llevar adelante los estudios de campo en los términos más sofisticados y la reflexiones sobre la compleja interacción y las realidades indígenas como tales <sup>(10)</sup>. Pero en medio de estas perspectivas esperanzadoras ha surgido recientemente una nueva línea de trabajo. En la actualidad los nuevos hallazgos de material griego de lujo en Huelva están siendo utilizados para abrir una brecha en la tradicional posición sobre la preeminencia fenicia y nos encontramos inmersos en una polémica cronológico-cultural que posee la significativa importancia de que parece seguir la senda de las hipótesis orientalizantes en el sentido de que el tema central vuelve a ser quién llegó antes y en qué medida afectó a las poblaciones del interior. No resulta claro que en este debate se estén superando los esquemas difusionistas de fondo y las perspectivas unidireccionales. Y ello es así porque da la impresión de que se tiende a esgrimir, con mayor o menor fortuna, únicamente «datos» arqueológicos poco inmersos en las perspectivas más globales y evidentemente, multidisciplinarias que son menester <sup>(11)</sup>.

(9) J. M. VICENT, *Las tendencias metodológicas en Prehistoria: TP*, 39 (1982), pp. 23 y 30; GONZÁLEZ WAGNER, *Tartessos en la historiografía...*, art. cit.

(10) V. los trabajos de M. E. AUBET, *Los fenicios en España: estado de la cuestión y perspectivas: AO*, III, (1985), pp. 9-38; *Notas sobre la economía de los asentamientos fenicios del sur peninsular: DArch*, 2 (1987), pp. 51-62, y *El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción: La Cultura tartésica y Extremadura, Cuadernos Emeritenses - 2*, Mérida 1990, pp. 29-44, entre otros.

(11) En España será fundamentalmente Ricardo Olmos (*Los griegos en Tarteso: replanteamiento arqueológico-histórico del problema: O. ARTEAGA* [Ed.], *Homenaje a Luis Siret*, Sevilla 1986, pp. 584-600; *Los griegos en Tartessos: una nueva contrastación...*, art. cit., pp. 495-521, entre otros) quien ha revitalizado con mayor fuerza la hipótesis griega, a partir de los trabajos en Huelva (v. P. CABRERA BONET, *Los griegos en Huelva: los materiales griegos: Homenaje...*, op. cit., pp. 575-83; P. CABRERA BONET-J. FERNÁNDEZ JURADO, *Comercio griego en Huelva afines del siglo V a.C.: P. ROUILLARD-M.C. VILLANUEVA-PUIG* [Eds.], *Grecs et Ibères au IVe siècle avant J.C. Commerce et Iconographie*, Paris 1989, pp.

Valga esta introducción para señalar la evolución en los últimos años de determinadas temáticas que tienen en buena parte su origen precisamente en la intervención de nuestros historiadores ilustrados, tan preocupados con una valoración, por otra parte nada desinteresada, de los aportes de los diferentes pueblos antiguos a la «historia de la Nación y su Progreso». El claro papel que se hará jugar a los fenicios en todo esto, y su valoración frente a lo griego y lo romano, presenta un gran interés en sí ligado como está, además, a la preocupación ilustrada por *la Cultura, el progreso, la civilidad*, y sus formas de expansión planteadas en una perspectiva claramente difusionista. Quizás resulte, por otra parte, aleccionador contrastarlo con algunos de los posicionamientos antes señalados. Quede a buen juicio del lector, pues, la comparación entre estos modelos que veremos y los planteamientos anteriormente expuestos tanto en lo referente a las competencias cronológicas y de incidencia entre los diferentes «orientalismos» en la carrera colonizadora, como en la imagen de un modelo civilizador que tantas veces se presume único y actuando de una manera necesariamente unidireccional.

149-60), apuntando incluso hacia un proceso complejo de helenización a través de modos de mesa compartidos, tal como se puede evidenciar en las cerámicas. Para el tema de la presencia griega en el sur v., además de éste, a M. ALMAGRO GORBEA, *Colonizzazione e acculturazione nella Penisola Iberica: Modes de Contacts et Processus de Transformation dans les Sociétés Anciennes. Colloque de Cortone (24-30 Mai 1981)*, Pisa-Roma 1983, pp. 429 ss., especialmente 453 ss.; ID., *La «colonización focense» en la Península Ibérica: PP*, 37 (1982), pp. 432-42 y la amplia reseña de A. J. DOMÍNGUEZ MONEDERO, *Focaea y sus colonias: a propósito de un reciente coloquio: Gerión*, 3 (1985), pp. 357-77 y *Reinterpretación de los testimonios acerca de la presencia griega en el Sureste peninsular y Levante en época arcaica: Homenaje...*, *op. cit.*, pp. 601-11. Otros investigadores, no obstante, huyen de planteamientos aculturadores desde la perspectiva material o de polémicas cronológicas, para fijarse más en los procesos económicos de intercambio y la necesidad de establecer hipotéticos modelos donde lo indígena tendría un papel esencial: v. para Occidente los interesantes trabajos de J. P. MOREL, *Les relations économiques dans l'Occident Cree: Modes de Contacts...*, *cit.*, pp. 549-80 (donde cambia sus anteriores posiciones antes comentadas), P. ROUILLARD, *Les Colonies grecques du Sud-Est de la Péninsule Ibérique. État de la question: PP*, 37 (1982), CCIV-CCVII, pp. 417-31, *Les colonies grecques de la Péninsule Ibérique: leur mode de fonctionnement et leur rôle*; G. PEREIRA (Ed.), *Actas del I Congreso peninsular de Historia Antigua*, II, Santiago de Compostela 1988, pp. 111-18. Puede ser de mucho interés el uso de los análisis planteados en la polémica entre A. Mele (*Il Commercio greco arcaico. Prexis ed emporie*, Napoli 1979), B. Bravo (*Remarques sur les assises sociales, les formes d'organisation et la terminologie du commerce maritime grec à l'époque archaïque: DHA*, 3 [1979], pp. 1-59), P. Cartledge («*Trade and Politics*» revisited: *Archaic Greece*: P. GARNSEY - K. HOPKINS - C. R. WHITAKER, [Eds.], *Trade in the Ancient Economy*, London 1983, pp. 1-15) y A.M. SNODGRASS (*Heavy freight in Archaic Greece, ibidem*, pp. 16-26) sobre los protagonistas y agentes sociales del comercio arcaico, así como su incidencia en la estructura social de la polis aristocrática.

B. Sánchez Alonso <sup>(12)</sup> señalaba, en medio de una gran, y en parte exagerada, alabanza a Masdeu <sup>(13)</sup> cómo a nuestro autor se le debía el cambio radical de la utilización de los fenicios para defender la antigüedad de la llegada de una civilización adelantada a la Península. También en este aspecto su reconocimiento es excesivo: el verdadero papel en la potenciación de los fenicios para reivindicar lo que podríamos llamar en términos ilustrados «la antigüedad de la introducción de la cultura en España» corresponde, como ya hemos probado en otro lugar, a los hermanos Rodríguez Mohedano y su *Historia Literaria de España* <sup>(14)</sup>. Una obra que no merece, quizás por su nombre en cierta forma equívoco, la atención de Sánchez Alonso pero de unas dimensiones historiográficas de enorme interés, también como exposición de las preocupaciones e intereses de los historiadores o anticuarios ilustrados andaluces <sup>(15)</sup>.

Los Mohedano y Masdeu comparten todo un conjunto de perspectivas en esta dirección en un contexto común de búsqueda de un ajuste de los viejos modelos historiográficos de interpretación de la historia de España a las nuevas necesidades. Importa recalcar aquí este hecho de que, como también hemos señalado en otro lugar <sup>(16)</sup>, los elementos de continuidad son también claros, con una asunción de aquel modelo interpretativo básico que es elaborado en los intentos de historias generales en el s. XVI y es sistematizado en Mariana a finales de este siglo para continuar después en los autores posteriores, por ejemplo Perreras. Podía sintetizarse esta imagen en la creencia en España concebida como una unidad (aunque no en el sentido político) desde su origen, con un pueblo uno cargado de virtudes - en cuyo catálogo no faltan las guerreras que tan bien legitimaban las fuentes greco-romanas - y del defecto de la desunión, lo que la expone a invasiones permanentes. La historia de España es, así, vista como la historia de un pueblo que recibe las sucesivas llegadas de extranjeros y muy especialmente de los que la conquistan por esa su debilidad, culminando con la

(12) B. SÁNCHEZ ALONSO, *Historia de la Historiografía Española*, vol. III, Madrid 1950, pp. 190 SS.

(13) Publica la parte de la obra que nos interesa, los tomos correspondientes a la *España Antigua Fabulosa, Primitiva, Fenicia, Griega y Cartaginesa*, junto con el *Preliminar* de su *Historia Crítica de España y de la Cultura española*, entre 1783 y 1785. v. M. BATLLORI, *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid 1966 .

(14) Se publica la obra entre 1766 y 1791. V. F. WULFF ALONSO, *Los fenicios en la historiografía española del s. XVIII: La Historia Literaria de España de los hermanos Mohedano: Homenaje a J. M. Blázquez*, Madrid 1992 (en prensa); v. también F. AGUILAR PIÑAL, *La Real Academia Sevillana de Buenas Letras en el s. XVIII*, Madrid 1966.

(15) V. F. WULFF ALONSO, *Andalucía Antigua en la historiografía española (XVI-XIX)*: ponencia en el *IIº Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba 1991 (en prensa).

(16) V. art. de F. WULFF, *cit.* en nota anterior para esto y en general para las referencias a la historiografía española.

unidad que consiguen los Reyes Católicos que las impedirá. Esta historia de España como historia de las invasiones que afectan a un pueblo prístino y esencialmente inmutable, viene probablemente determinada por el impacto de la invasión musulmana y por sus interpretaciones desde el mundo cristiano y particularmente desde Castilla y especialmente, como es lógico, por Isabel y Fernando.

En este esquema caben, naturalmente, muchas interpretaciones, como caben también metodologías y perspectivas críticas diferentes. No en vano, una parte de lo que podríamos llamar la intervención ilustrada en él tiene como objeto limpiar de excrecencias, de «falsas glorias», los anales patrios, basar las afirmaciones en fuentes y además en fuentes que resistieran a una visión «crítica» (por utilizar una expresión definitiva- mente ilustrada), lo que implica la negación de las elaboraciones exaltantes de Annio de Viterbo, Ocampo... que llegan a la historia de España por excelencia hasta el s. XIX, la del Padre Mariana. La dificultad con que esta crítica se abre paso, especialmente en el campo religioso, y su relación con los intentos de renovación del país desde los *novatores* de la segunda mitad del XVII no necesita ser profundizado aquí <sup>(17)</sup>.

Pero la asunción de estas perspectivas críticas a la vez que representa un intento de ajuste de la visión del pasado a las nuevas necesidades ideológicas es también un deseo de ofrecer una imagen de España presentable en el exterior que sirva de defensa frente a lo que se entiende como terribles e injustos infundios con que se contemplaría desde historias, críticas literarias... su realidad presente y pasada <sup>(18)</sup>. Esto, que es general y que afecta por supuesto también a los Mohedano, adquiere unos tintes casi dramáticos en Masdeu, cuya condición de jesuita español exilado en Italia le sitúa en mitad de unas críticas que asumen frecuentemente la forma de reflexiones «filosóficas», históricas y «críticas» cargadas de esencialismos sobre el carácter español cuando no de lo que él siente como una indiferencia desdeñosa. Frente a las perspectivas que señalaban la esencialidad del atraso español, derivado de un carácter

(17) V. últimamente G. STIFFONI, *Verita della Storia e ragione del potere nella Spagna del primo '700*, Milano 1989; para el tema en general de las falsificaciones y las críticas sigue siendo clave GODOY ALCANTARA, *Historia crítica de los Falsos Cronicones*, Madrid 1868 (hay reedición en Madrid 1981); v. también el interesante trabajo de O. REY CASTELAO, *Historiografía del voto de Santiago*, Santiago de Compostela 1985.

(18) Sobre la crítica antiespañola v. últimamente A. MESTRE, *La imagen de España en el s. XVIII: apologistas y detractores: Posibilidades y Límites de una Historiografía Nacional*, Madrid 1984 y la contestación de J. M. Laso en pp. 247 ss. Sobre estos aspectos en Masdeu v. R. MANTELLI, *Nationalism, xenophobia and catalanism in the writings of an enlightened catholic historian: J. F Masdeu S. J. (1774-1817): Analecta Sacra Terraconensis*, 55-6, t 198 2-831, pp. 209-60. Del mismo autor tenemos una muy interesante Tesis doctoral de 1978 (editada en 1987: *The Political, Religious and Historiographical Ideas of J.F. Masdeu S.f. 1744-1817*. New York-London 1987). Sobre este tema ver especialmente pp. 432 ss.: es lástima su tendencia a la desconexión con las visiones anteriores de la historiografía española y su falta de una valoración suficiente de los Mohedano.

nacional marcado por la pereza y/o el fanatismo, o formulaciones similares, los ilustrados españoles utilizarán el estudio del pasado para demostrar lo contrario. Asegurarán que la historia cambia y tiene avances y retrocesos, con lo que el futuro no está decidido por ninguna esencia nacional y redefinirán ésta en el sentido de dotarla de las características y virtudes consideradas como propias de pueblos amigos de saber y el progreso (v. especialmente I, pp. 71-270) <sup>(19)</sup>. Masdeu no solamente defenderá un extraordinario papel en este sentido de los españoles a lo largo de la historia, llegando a valorar los aportes culturales y científicos de la España musulmana (v., p. ej., I, pp. 128 ss.), por ejemplo, sino que también definirá el s. XVII como la única época de auténtica decadencia de España, formulando incluso una explicación de sus causas y definiéndolo como una auténtica excepción en siglos de todo lo contrario (I, pp. 62-3 ; 167 ss.; 182-84 y *passim*). El mundo antiguo, pues, va a servir para algo más que para ejemplificar el modelo tradicional: será también clave a la hora de demostrar el alto nivel en todos los aspectos de España en la época, para escarmiento de críticos en le exterior y aleccionamiento de lectores en el interior.

La ruptura con las tradiciones legendarias clásicas que acompaña a la desvalorización de otras fuentes todavía más dudosas, como las de los falsarios renacentistas, consecuencia de la aplicación de una crítica consecuentemente ilustrada a la historia más antigua, tiene un papel clave no solamente a la hora de formular alternativas aceptables al pasado mítico o defenderse de los eventuales ataques exteriores, sino también a la de evitar otras amenazas externas a los honores patrios por un lado y de dar pie a una imagen glorificante pero de mayor solidez por el otro. Y esta observación nos sirve para hacer notar que en absoluto las exaltaciones a partir de la invención o de la utilización más o menos abusiva de fuentes antiguas dudosas había sido un rasgo propio de la historiografía española, y que buena parte de las elaboraciones historiográficas nacionales europea seguían en una forma u otra utilizándolas en el s. XVIII; la crítica a las pretensiones de fundación griega de determinadas culturas - Italia o Francia, por ejemplo - o a construcciones como el panceltismo están cargadas de esas implicaciones antihegemónicas y de la pretensión, compartida por los críticos, de no ceder en primacía y antigüedad de ilustración, saber o estirpe ante ninguna otra nación.

Masdeu, como los Mohedano, será clave, entonces, a la hora de rechazar las fuentes mitográficas o las elucubraciones etimológicas tan ligadas a ellas, y acercarse a las más sólidas de tipo historiográfico (Heródoto, por ejemplo), o geográfico (como Estrabón). Su jugada crítica cambia la situación; frente a lo que él denomina «la vanidad antigua de los griegos impostores» (I, I, pp. 1 ss.) y frente a una mitología

(19) Sobre estos aspectos y la historiografía ilustrada española sigue siendo clave J. A. MARAVALL, *Mentalidad burguesa e idea de la historia: RO*, 107 (1972), pp. 250-86; v. También A. MESTRE, *Conciencia histórica e historiografía: Historiad España Menéndez Pidal* 31, 1, Madrid 1987, pp. 301 SS.

que denuncia como una «mezcla espantosa de ideas infinitamente absurdas» (I, 1, p. 188) se imponen las fuentes greco-romanas más sólidas que dan un punto de partida clave al informar con certeza de la antigua presencia fenicia en España. Los fenicios, a los que dota de una cultura y conocimientos superiores a los de los egipcios mismos (I, 2, pp. 4-10; 227-30), llegan a España antes que a ningún otro sitio europeo y con una intensidad sin paralelo y a partir de ellos se aprenderá, muy especialmente en Andalucía, todo su bagaje de conocimientos de navegación, comercio, industria, leyes, cultura, conocimientos... (I, pp. 123-25; 146-48; I, 1, p. 88; p. 101; I, 2, pp. 10-31). Su llegada, por otro lado, no es casual al deberse a las inusitadas riquezas que pueden extraer aquí, al clima y al carácter de unos españoles acogedores y deseosos de aprender (I, p. 61). Con su asentamiento a mediados del II milenio antes de Cristo, la península se queda convertida en lo que él denomina el primer centro de instrucción de Europa, más antiguo que el mismo griego. Es importante señalar esto porque a nuestro autor le importa mucho señalar cómo los griegos, hasta entonces los más rudos y oscuros de los hombres (I, 2, p. 76) reciben algo de cultura después y ello únicamente a partir de algún fenicio y egipcio (Cadmo y Dánao), que sólo empiezan a tener más amplias miras con posterioridad a la guerra de Troya (s. XII), y en buena parte por contacto con las propias colonias fenicias del oriente. Así pues, toda influencia posterior de los griegos sobre otros pueblos europeos queda preterida frente a la más antigua y más directa conexión española con los verdaderos transmisores de cultura.

Antes de seguir con ello conviene aludir a la fase previa a la llegada de los fenicios y en la que intenta rellenar, siempre en medio de las polémicas, el período entre la llegada fenicia y la Creación o, más exactamente, el Diluvio Universal, aceptado como un hecho histórico indudable y más o menos fechable como, por otra parte, hace todo el mundo en su época incluido, por ejemplo, Newton. Para ello se vale de las fuentes bíblicas y de las elaboraciones judías (Flavio Josefo) o cristianas (Julio el Africano por ejemplo) o de sus interpretaciones posteriores, así como de lo que él denomina «prudentes conjeturas» para ofrecer un conjunto que no presenta más que como probable. Masdeu negará la llegada directa desde el oriente de Tubal o Tarsis, presentados tradicionalmente como descendientes directos de Jafet que llegarían a la Península, pero lo substituye por la probable llegada de dos grupos que hablarían dos lenguas distintas: la tubalita y la tarsiana, que serían probablemente el germen de los celtas e iberos respectivamente. Su fusión daría lugar a los celtíberos, cuya lengua sería probablemente identificable con el vascuence, conservado hasta hoy en día por el valor de sus habitantes y la geografía y considerado como una gloria de España (I, 1, p. 83) y un marchamo de antigüedad. Los celtas tendrían, pues, su primer lugar de asentamiento en occidente en España - tal como también opinaba Risco, el continuador de Flórez - no son, por tanto, franceses ni cabe aceptar las pretensiones francesas sobre su pertenencia o su exclusividad.

Podría parecer chocante sin más su venenosa afirmación de que generalmente no se les disputa a los franceses su paternidad porque es pequeña gloria la de producir un



pueblo famoso por su número y extensión más que por su cultura y civilidad (I, 1, pp. 106 ss.); pero es claro que se encuentra además inmersa en la lucha contra las afirmaciones de aquella historiografía sobre la milenaria cultura druida, una afirmación que él combate con la más evidente presencia de lo fenicio como propulsor de cualquier avance cultural de entidad en la Europa de sus primeros tiempos y, también como los Mohedano, haciendo depender sus saberes antes de una llegada fehaciente de los griegos en época de la fundación de Marsella de lo que a partir de su contacto en Andalucía antes de su marcha al norte o a partir de sus contactos posteriores hubieran podido conocer. Pero no sólo los celtas procederían de España, con lo que al ser más antiguos que los franceses tendría la nación el privilegio de la antigüedad, sino que cabría defender desplazamientos de los iberos en dirección a Italia, Sicilia... (y alguna especulación en fuentes antiguas iba en esta dirección) y el origen español de los iberos de oriente, o el posible origen vascuence del etrusco... En todo ello tenemos una compleja mezcla de viejas exaltaciones algo purificadas, debates con pretensiones hegemónicas extranjeras que ostentaban un fundamento igualmente carente de validez, que no por aparecer bajo el color de la hipótesis deja de servir igualmente de testigo de los niveles menos sólidos de nuestro autor.

También se observa una continuidad con los modelos anteriores en las elaboraciones sobre la definición de lo que podríamos llamar las condiciones morales de los antiguos españoles. Dentro de las formas tradicionales se encontraba, como señalábamos, la idea de un pueblo original y cargado de virtudes, cuyo carácter puro derivaba también en buena parte de su inmediata procedencia de la familia de Noe; a ello era frecuente unir, como lo hacía Ocampo por ejemplo, la idea de un alto nivel de conocimientos traídos directamente por esos primeros pobladores, lo que podía hacerse conectar con la referencia estraboniana a las leyes de más de 5.000 años de los turdetanos, número que permitía alcanzar una fecha a partir de diferentes cálculos (así considerarlo años de tres meses, por ejemplo) para su llegada próxima a la supuesta para el diluvio. A ellos llegaban extranjeros a enriquecerse o conquistarlos, sin que dejaran de ser ellos a pesar de las pérdidas morales generadas por su contacto.

Masdeu, que deja a un lado los componentes culturales originales, sí aceptará sus valores prístinos de sencillez, valor y demás, para lo cual, por cierto, tampoco faltan citas clásicas. Cabe aquí suponer un aspecto de alabanza al «buen salvaje» muy ilustrado, pero sobre todo hay que señalar la importancia de los aspectos religiosos; aceptará, por más que pueda teñirlo con la sombra de la probabilidad, la también tradicional perspectiva, derivada de una cita de S. Agustín, del monoteísmo primitivo hispano. Es importante resaltar esto porque aquí nos encontraríamos con la pervivencia de un importante componente negativo de la llegada de fenicios y griegos: su importación de un politeísmo derivado en última instancia de la mayor perversión que generan las culturas elevadas del oriente, sin que falte una alusión en Masdeu al importante papel de la soberbia de los filósofos a la hora de producirse aquellas degeneraciones politeístas (I, 2, p. 93). Más tarde volveremos a ello.

Pero la valoración de los componentes positivos resulta claramente mayor. Su llegada a un mundo que ya probablemente tenía algunos elementos avanzados pero que les era culturalmente muy inferior, tiene, como señalábamos, inmediatas consecuencias positivas por su introducción de ciencias, técnicas, comercio, navegaciones, alfabeto..., en definitiva, de una elevadísima cultura. Es importante hacer notar que el planteamiento implica bastante más que una mera influencia cultural. Se trata de una venida apreciable de población y de una instalación de colonias. Los hijos y nietos de esos hispano-fenicios, como se les denomina, se propagan por y especialmente por el valle del Guadalquivir y se españolizan, mientras que los españoles andaluces de allí se hacen culturalmente fenicios, con el resultado de un mundo de gran cultura que otorgaría la preeminencia temporal en Europa a los españoles (v. Vol. I, 1 y I, 2). Está claro que, con independencia de las fuentes clásicas que puedan apoyarla, la abundante presencia fenicia es una exigencia de la propia concepción que así puede magnificar las influencias. Sería a partir de este foco de donde salen las influencias culturales hacia el norte, incluida, como no, hacia Francia, a partir de los contactos, la migración celta y demás.

No extrañará que en el debate sobre la identificación o no de la Tarsis bíblica con este mundo responda afirmando su creencia en la posibilidad de una respuesta afirmativa. A partir de un momento dado se nos hablará, en consecuencia, de ese mundo no como una realidad fenicia sino española o andaluza, al plantearse su desarrollo en todos los aspectos, incluyendo el conocimiento de las navegaciones atlánticas, por ejemplo. Cuando nos hable de la hegemonía cartaginesa se hará notar, cómo aprenden las rutas de y substituyen a los fenicios de Cádiz y los andaluces. Conviene resaltar que esta imagen de pueblos que se funden supone algo menos que una fusión pero bastante más que una pura absorción, lo que implica un cambio respecto a lo anterior, especialmente en lo referente a la propia concepción del pueblo español, un cambio, por cierto, que no encontraremos, por otra parte, tampoco en la historia por excelencia del s. XIX, la obra de Modesto Lafuente <sup>(20)</sup>. Volveremos luego a ello.

¿Cuál es el lugar que queda en esta construcción para el papel de los griegos? Evidentemente un papel secundario. Se señala en varias ocasiones que a la llegada de los griegos ya había considerable cultura por vía de los fenicios, se repite que los españoles eran eruditos y doctos antes que los griegos y romanos (1, 2, p. 72), y, como señalábamos, se incide en que de ser un pueblo ignorante como todos, pasó a dejar de serlo gracias a la influencia oriental, o se critica sus mentiras fundacionales o su mitología repugnante... A la hora de fechar las llegadas de colonias griegas es, consecuentemente, prudente. Aunque nombra alguna colonia anterior fundamentada en fuentes clásicas y algún otro acontecimiento como el viaje de Coleo de Samos, es la

(20) V. F. WULFF ALONSO, *La Historia de España de Modesto Lafuente (1850-67) y la Historia Antigua: Homenaje a J. F. Presedo*, Sevilla 1992 (en prensa).

aparición de los focenses en el s. VI a.c. la que marca el momento clave. Y su llegada viene cargada de luchas por la hegemonía. Nos aparece el reino de Tartessos y su rey Argantonio que está interesado en su alianza quizás para enfrentarse a las ambiciones de los fenicios gaditanos (I, 2, p. 89). Su sucesor tendrá otra actitud por ser más cauto y desconfiado (I, 2, p. 92). Todo ello en medio de los conflictos de griegos y cartagineses (y etruscos), y el posible bloqueo del estrecho. El asentamiento focense en Marsella dará lugar a una nueva colonización del Levante que no excluye tomar alguna ciudad griega anterior y quedársela como Rodas. Es precisamente aquí donde introduce una observación muy significativa:

«Una nación, que permite a un pueblo extranjero algún establecimiento en su propio reino, aunque limitado por las condiciones y pactos lo mas prudentes y acertados, siempre tiene motivos de reprehender su condescendencia. El extranjero no pone límites a la ambición y avaricia, y buscando el modo de engrandecerse, jamás lo hace sin invadir los derechos de los naturales. Los griegos de Focea no se contentaron del pequeño recinto de Arnpurias: tampoco se hallaron satisfechos de la nueva posesión de Rosas: aspiraron a un dominio más vasto» (I, 2, p. 96).

El tono admonitorio, quizás con resonancias al tema de Gibraltar resulta inusitadamente claro.

Todo lo anterior no significa en absoluto que no se acepte la influencia griega desde las colonias y el efecto positivo de los contactos en el ámbito cultural, desde lo referente a alfabetos a las actividades fabriles o el comercio. Incluso se llega a utilizar el término «hispano-griegos» para referirse a ellos en algunas ocasiones (por ejemplo referido a Sagunto, lo que tampoco es del todo inocente). Lo que ocurre es que su papel es relativamente reducido en el tiempo y en el espacio. Llegados aquí conviene hacer notar que así como la exaltación de los fenicios es una innovación del s. XVIII - precedida sin duda por un cierto interés en la generación de finales del siglo anterior <sup>(21)</sup> -, no ocurre lo mismo con la valoración historiográfica nada brillante de los griegos (por no hablar de la de los romanos). Efectivamente, desde el s. XVI (y en ciertos autores desde bastante antes) domina una perspectiva que nos atreveríamos a llamar «anti-clasicista» en la elaboración de la imagen de la historia colectiva. El elemento esencialista (la idea del español uno y único ya desde su origen) es la otra

(21) V., p. ej., la *Cádiz Phenicia* del Marqués de Mondéjar, Madrid 1805 (orig. 1687); el interés por lo púnico y el norte de África se ve en este mismo autor: *Cartago Africana*, Pamplona 1664. Esta tradición «africanista» se veía también en B. ALDERETE, *Varias antigüedades de España, África y otros países*, Amberes 1614, con amplias referencias a Cartago (y a la recuperación de la Tingitana...). Campomanes publicará en 1756 su *Antigüedad marítima de la República de Cartago con el periplo de su general Hannón, traducido del griego e ilustrado*, Madrid. Cf. sobre historiografía y el norte de África en la época SÁNCHEZ ALONSO, *op. cit.* III, 95 ss. Una más que curiosa presencia de obras que no se corresponde con obras similares sobre Roma o Grecia.

cara del invasionista e influye en esta consideración, sin duda, como lo hacen otros factores como la tradicional valoración del papel dominante en las fuentes greco-romanas de los temas relacionados con la conquista y la resistencia, la incidencia de las visiones historiográficas cristiana sobre la caída del Imperio o el papel positivo con que generalmente se hace ver a los visigodos como los auténticos fundadores de la unidad de España política y religiosa y de su monarquía. Pero en todo ello incide también el deseo, muy explícito ya desde una parte de la historiografía castellana del s. XV, de no aparecer como englobados en un modelo que suponga un papel inferior y subordinado para las propias «glorias» antiguas, una subordinación que no lo es en el aire sino a otras pretensiones hegemónicas en el campo de los honores antiguos y presentes procedentes especialmente de franceses e italianos.

En nuestro caso los fenicios tendrían la evidente ventaja, a la hora de elegirlos como fuente de la propia cultura, de no permitir mejor adscripción a otro país europeo. Además, el caso de las colonizaciones griegas resulta especialmente peligroso desde los anteriores puntos de vista dado el papel de Marsella y sobre todo el uso desafortunado por parte de la historiografía francesa de su papel a la hora de hacer de Francia una «nación sabia» (más o menos combinada el hecho con druidismos y demás) que se contrastaría con la mucho menor (y en todo caso subordinada) influencia sobre los españoles de la colonización griega. Interesa resaltar esto porque evita la posibilidad de que se contemplen las elaboraciones de Masdeu como un *unicum* a remitir a sus peculiaridades o a una historiografía española ajena a las buenas nuevas de una ilustración cosmopolita. Ni toda la historiografía de la ilustración es cosmopolita ni mucho menos lo son las historias nacionales.

Conviene destacar aquí, en todo caso, que ni siquiera en la historiografía ilustrada española la relación de la propia historia con la del mundo greco-romano resulta genética, concebida como nuclear en la propia identidad desde los orígenes o después. Y esto implica una continuidad con posiciones anteriores que será en buena parte heredada en el s. XIX.

Siguiendo con el orden cronológico sitúa Masdeu las cuestiones tras el momento esencial de Argantonio en las luchas directas por la hegemonía. Así se habla de la guerra entre el sucesor de éste y los fenicios de Cádiz y se relaciona con las ambiciones de éstos o con la enemistad con los extranjeros, la ambición o los celos que suscita el poder de aquel (I, 2, p. 109). En este contexto llegan en ayuda de Cádiz los cartagineses y ya no se irán. Es el primer intento de dominación global y se siguen las líneas tradicionales: conflicto con los griegos de Levante, conquista en dos fases (en relación con la ayuda a Cádiz y su traición a ésta y tras la primera guerra púnica), la mezcla bárcida de astucia y suavidad con la violencia, la progresiva altivez y prepotencia que lleva a los españoles a apoyar ingenuamente a los romanos que aparecen como defensores considerados pero que en realidad no son más que otros conquistados etc. Pero no faltan tampoco valoraciones de componentes positivos que tocan también a las propias exaltaciones, por ejemplo cómo la riqueza de España fundamenta su poder, los soldados hispanos son claves como mercenarios en sus

ejércitos, su potencial comercial se desarrolla a partir de copiar las rutas andaluzas y gaditanas, o una reivindicación de los componentes hispánicos de Aníbal... No llega a los niveles de los Mohedano pero sí que es notable, también por su continuidad con anteriores perspectivas en este sentido en la historiografía española, no exentas quizás tampoco de un cierto componente anti-clasicista.

Lo que sí es claro es el hecho de que la moderación en la alabanza de los cartagineses viene dada por la exacerbación de los componentes nacionalistas ligada al secular modelo invasionista, cosa que se ve con una claridad aún mayor cuando trata el poder romano con una virulencia extraordinaria, que contrasta muchísimo con el tratamiento de los Mohedano. Debe reseñarse también que esto no está reñido con sus magníficas recopilaciones de inscripciones o con sus documentados estudios sobre la situación de la España romana en diversos campos, desde los económicos a los administrativos pasando por multitud de otros aspectos; claro que este interés no está exento de componentes de competencia también en estos ámbitos, rodeados como están, entre otros, de todas las implicaciones del clasicismo del s. XVIII (que no impiden, sin embargo, defender un punto de vista según el cual el aporte romano a esa prosperidad queda subordinado al local, por otra parte).

Señalábamos cómo en nuestro autor se podía ver en lo tocante a los fenicios un cambio sobre la posición tradicional en la imagen de un encuentro concebido como una fusión de pueblos y una «españolización» de los recién llegados. También señalábamos cómo en medio de las valoraciones positivas dominantes se dejaban ver algunos componentes negativos referidos a la pérdida del monoteísmo original; puede merecer la pena aludir aquí a otros elementos donde se juega a un relativo equilibrio entre lo tradicional y las perspectivas nuevas precisamente en la caracterización, valoración y contraste de lo que podríamos llamar el indígena asimilado-desarrollado y el que se presenta como más alejado de las influencias coloniales.

La diferencia entre los distintos tipos de indígenas (de «españoles» de la época, si se quiere) en este sentido se hace explícita, siguiendo también una perspectiva anterior, al diferenciarse entre las zonas del sur y del Levante por un lado y las más alejadas, especialmente norte y oeste, por otro, con una zona intermedia más o menos asimilable a la segunda pero con influencias de la primera. Las primeras están sujetas a los cambios debido a la influencia colonizadora y a su propia condición psicológica y climática, así por ejemplo hablará del carácter más suave de los habitantes de Murcia y Valencia y su relación con el aire que respiran (I, 2, p. 128), se referirá a la dulzura natural de los valencianos que podría explicar la instalación allí de los griegos en un momento dado y no en Cataluña (I, 2, pp. 96 ss.) u opondrá el valeroso y feroz pueblo de los celtas a los naturales dulces y humanos de Tartesia (I, 2, p. 109). Su alto grado de cultura será valorado positivamente, no hay ni qué decirlo.

Pero nada de ello implica una visión negativa de los otros pueblos, los que se mantienen ajenos a las influencias exteriores; y estos son, desde la perspectiva tradicional, los que conservarían los valores prístinos en lo religioso, lo moral y, especialmente, en lo bélico, en su defensa celosa frente al exterior. Su falta de cultivo

es (según el juicio procedente de los valores más específicamente ilustrados) el lado negativo de esas virtudes. Pero da la impresión de que ese juicio que parece oponer implícitamente a pueblos sin contaminar pero sin cultivar y pueblos cultivados pero contaminados vencen en cierta forma los primeros, especialmente cuando el tema en juego es el del dominio militar y las luchas contra cartagineses y romanos. Así, serán ellos los que se mantengan, nos dirá, sin doblar la cerviz ante el yugo de Cartago, los que conserven su primitiva simplicidad y grosería más tiempo alejadas del dominio extranjero, los que protagonicen una defensa épica frente a unos romanos pintados con tintas bien críticas. Es en estos mismos sentidos desde los que se volverá a plantear el viejo tema de la menor defensa de los andaluces frente a Roma comparada con la de los pueblos de la otra categoría y lamentarla; pero tampoco dejará de estar presente la otra perspectiva: cabe describir esta actitud a su mayor cultura y prudencia (II, 1, p. 94). La ambigüedad de la perspectiva es el fruto de la confluencia de los valores más ligados a los aspectos ilustrados y de los que nacen de las reinterpretadas valoraciones tradicionales inmersas en el modelo esencialista- invasorista señalado, una ambigüedad que permite, en todo caso, la loa patria por la vía de lo fenicio en lo referente a la «cultura y civilidad» y por la vía de la oposición contra el invasor en lo referente al otro modelo.

Quizás no es ocioso acabar este trabajo señalando cómo el destino de esta formulación que hemos calificado de ambigua no va a ser precisamente la de ser aceptada. La obra citada de Modesto Lafuente, repetimos que la Historia de España por excelencia del s. XIX, reivindicará como verdaderos representantes de la auténtica España a los defensores heroicos de su independencia, los pueblos que conservan sus valores sin mezcla ni perversión. También el destino de los fenicios será otro en su obra, consecuentemente. Pero el estudio del porqué de esta vuelta al modelo más tradicional en este sentido y de las formas que asume ya no nos incumbe aquí. Pero quizás no es estéril señalar aquí cómo en ello tiene mucho que ver, entre otros factores, el hecho de que cuando al viejo modelo esencialista-invasorista se le superpone otro donde, como en el caso de Lafuente, lo esencial es la búsqueda de las raíces de las formas institucionales del reciente Estado liberal, mucho más que el del desarrollo de la cultura y de la ilustración que había superpuesto el iluminismo, el papel de los fenicios y su mundo queda necesariamente reducido a un plano mucho más modesto.